

GUERRA NACIONAL

Los legitimistas improvisan otro Presidente. —Elementos de guerra que les proporciona Guatemala. —Reconciliación de los partidos. —Actitud antipatriótica de éstos. —Divisiones en el ejército aliado. —Ocupación de Masaya. —Combates de San Jacinto. —Desastre de Byron Cole. —Efectos que produce. —Ataque frustrado de Masaya. —Avance de la división costarricense. —Ataque de Walker. —Llegada de Carlos Henningsen a Granada con armas y elementos de los Estados Unidos. —El Gobierno de Nicaragua envía pacificadores al campamento de los aliados. —Resultados que obtienen. —Combate naval. —Reconcentración de Walker a Rivas. —Incendio de Granada. —Muerte de los Generales guatemaltecos Paredes y Solares. —Elevación del Coronel Zavala. —Defensa de Henningsen en Guadalupe. —Burla que los filibusteros hacen de los aliados. —Continúan las vergonzosas divisiones en el campamento de éstos. —Junta de notables en León. —Continúa el malestar. —Noticia de los gloriosos sucesos del río San Juan. —Llegada de Spencer a Costa Rica. —Expedición al río. —Toma de los vapores. —Resultados que produce. —Marcha de los Ejércitos Aliados a Rivas.

El inesperado asesinato del Presidente Estrada, del cual dimos cuenta en otro lugar, llenó de consternación a los defensores de la legitimidad. A la pérdida de aquel jefe tenían que agregar lo dificultoso de su situación, careciendo de otro jefe a quien proclamar, en defecto de Estrada, con visos de legalidad.

Se recordará que el improvisado Congreso Legislativo de Granada insaculó, en falta de los senadores que señalaba la Constitución de 1854 para llenar la vacante del Presidente, a ex diputados de la última Asamblea. Los pliegos que designaban a aquellos se habían perdido en Granada, cuando la sorpresa de Walker.

Estrada, que preveía su muerte, queriendo salvar el prin-

Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB

cipio de la legitimidad, se invistió, en nombre de ésta y por sí y ante sí, de las atribuciones especiales del Poder Legislativo del Estado, y procedió a disponer la sucesión presidencial, designando a seis ex diputados legitimistas de su mayor confianza, cuyos nombres rubricó, cerró y selló en seis distintos pliegos, que deberían ser tomados indistintamente y por orden sucesivo en caso de falta repentina.

La previsión del finado Presidente vino a resultar inútil, porque los pliegos, que caminaban siempre en su equipaje, cayeron con sus demás papeles en poder del enemigo.

La dificultad era, o parecía ser suprema para unos hombres tan apegados a las fórmulas legales, como los legitimistas, cuando llegó en su auxilio una casualidad tan rara, que pudiera calificarse de milagrosa. Los asesinos de Estrada, al retirarse de Somoto, botaron sin abrirlo, ni ajarlo siquiera, uno de los anhelados pliegos, que recogió en la calle una piadosa señora, la que ignorando su contenido, lo llevó intacto al párroco del pueblo, quien a su vez, lo depositó de la misma manera en manos de uno de los jefes expedicionarios legitimistas.

Aquel pliego providencial, que pudo pasar por tantas manos sin despertar la curiosidad de abrirlo, fue conducido a la inmediata ciudad del Ocotol, en donde existían los restos del ejército legitimista. Éstos organizaron una junta y procedieron en su presencia a la solemne ruptura del pliego.

De los ex diputados inscritos por el finado Presidente, para ser sus herederos testamentarios en el ejercicio del Poder Ejecutivo, sólo existía uno en la población, que era el Ministro General don Nicasio del Castillo, y fue justamente su nombre el que apareció en el pliego.

Castillo tomó posesión inmediatamente, organizó su Gabi-

nete con los jefes de sección, don José León Avendaño y don Ignacio Padilla, que elevó a la categoría de ministros, y a continuación marchó para Matagalpa con la fuerza militar del Coronel Bonilla.

Mientras tanto, por indicación del comisionado legitimista don Fulgencio Vega, el Gobierno de Guatemala adelantó trescientos fusiles con sus respectivas municiones. Con estos auxilios y con algunas armas blancas, los legitimistas improvisaron un ejército del que fue nombrado General en Jefe don Tomás Martínez.

La inesperada aparición de aquel nuevo Gobierno, haciendo tercería en Nicaragua, complicaba de tal manera las cosas, que hacía imposible el buen éxito contra el enemigo común que era Walker. Así lo comprendieron los mismos legitimistas, y deponiendo sus antiguos odios, se reconciliaron con los democráticos, celebrando el 12 de septiembre un convenio que fijó las bases de la paz.

Según aquel documento, don Patricio Rivas continuaría como Presidente hasta que le sucediera el que eligieran constitucionalmente los pueblos.

Se acordaba la formación de un ministerio, compuesto de miembros de ambos partidos y se estipulaba para su tiempo la revisión de la Constitución de 1838.

El General legitimista don Tomás Martínez quedaba ampliamente autorizado e investido de las facultades del Gobierno durante la guerra, para sacar recursos de toda clase de los departamentos de Matagalpa, Chontales y Managua.

Se estipulaba, por último, un olvido de todo lo pasado y el reconocimiento de las deudas de ambos Gobiernos por causa de la guerra; siendo garantes de las estipulaciones los Gobiernos de El Salvador y Guatemala, representados por

los jefes de sus respectivos ejércitos.

Terminada parecía toda diferencia entre legitimistas y democráticos y que Walker sería impotente para resistir el empuje de toda Nicaragua; pero desgraciadamente las rivalidades sólo habían concluido en la apariencia.

Ambos bandos, pensando que Walker no podría resistir mucho tiempo, en vez de aunar sus esfuerzos para aniquilarlo, se preparaban y procuraban estar fuertes, para el día en que desaparecieran los filibusteros, disputarse nuevamente el poder.

No faltaron algunas excepciones entre ambos partidos, que se levantaron del nivel de tanta miseria y lo sacrificaron todo en defensa de la autonomía y libertad de Nicaragua.

Jerez, enfermo de fiebre y fuerte tos, debía quedar hecho cargo de la gobernación militar de León, al lado de su familia, entre sus amigos y lejos del peligro. Así estaba estipulado y así lo exigía su partido, deseoso de economizar hombres y recursos; pero el jefe democrático se opuso, y durante toda la campaña contra los filibusteros, buscó siempre el sitio de mayor peligro y se cubrió de honrosas cicatrices.

Entre los legitimistas, el General don Fernando Chamorro, hermano del ex Presidente del mismo apellido, a quien sobraron pretextos e insinuaciones para quedarse entre los suyos acumulando elementos, observó la misma conducta de Jerez, pareciendo empeñado en disputarle los puestos más difíciles.

Contábanse en ambos bandos varias otras personas que seguían las huellas de Jerez y Chamorro y reivindicaban el nombre nicaragüense; pero la generalidad del país, atenta sólo a pequeñeces, era con su conducta antipatriótica, la mejor amiga de Walker.

Los Ejércitos Aliados también se dividieron. *Chapines* y *Guanacos* se plegaron, los unos a los legitimistas, los otros a los democráticos, manteniendo vivo el fuego de la discordia.

Había cuatro Generales en jefe, celosos los unos de los otros, y la unidad de acción tan necesaria en aquellas circunstancias era imposible de alcanzarse.

En tal situación las cosas, los Ejércitos Aliados salieron de León el 18 de septiembre de 1856 y se pusieron en marcha para tomar la bien fortificada plaza de Masaya, ocupada entonces por Walker y señalada para cuartel general.

Los filibusteros noticiosos, del crecido número de fuerzas que llegaban a atacarlos, se replegaron precipitadamente a la plaza de Granada.

El 2 de octubre inmediato los aliados ocuparon tranquilamente la plaza de Masaya.

Antes de la salida de León, el General Martínez tuvo noticia de que los filibusteros, en pequeñas partidas llegaban a proveerse de ganado vacuno a las haciendas inmediatas a Tipitapa, y destacó sobre aquel punto al Coronel don José Dolores Estrada con ciento veinte hombres.

En la hacienda de San Jacinto, colocada en una eminencia que domina toda la llanura, se situó poco después el Coronel legitimista dispuesto a impedir la extracción del ganado.

Walker tuvo noticia de la llegada de Estrada y mandó una escolta de cuarenta hombres a sorprenderlo; pero la casa de San Jacinto, además de ser dominante, estaba rodeada de gruesas murallas de piedra, que servían de corrales, y tras de éstas salió un fuego tan nutrido de fusilería, que obligó a los filibusteros a desistir de su empeño, dejando muerto al segundo jefe de la expedición.

La presencia del enemigo en San Jacinto fue cosa que

preocupó mucho a Walker, porque lo privaba del abasto de carne para la plaza de Granada, por lo cual dispuso atacar a Estrada inmediatamente.

Era tal el desprecio que sentían los filibusteros, especialmente los recién llegados, por los *greasers* de Nicaragua, que creían que era cosa de sólo presentarse en número respetable, para que salieran huyendo de ellos. Sobraron, pues, voluntarios que quisieran formar parte en la expedición, ansiosos de conquistar laureles militares a poca costa.

La columna compuesta de ciento veinte hombres, entre oficiales y soldados, salió alegremente de Granada, aunque sin llevar artillería por el mal estado de los caminos.

En Tipitapa se incorporó Byron Cole, deseoso de recibir su bautismo de sangre en aquella vez, y obtuvo el mando de la expedición.

Al amanecer del 14 de septiembre de 1856, Byron Cole y sus hombres, favorecidos por una espesa niebla, estuvieron a punto de sorprender a Estrada, que descansaba confiadamente sin puestos de avanzada. Éste, sin embargo, tuvo tiempo de prepararse y resistió el ataque.

Byron Cole no era militar, nunca había estado en una acción de guerra, y además, iba tan confiado en que los *greasers* echarían a correr, que olvidó las más triviales reglas de la estrategia y atacó en cuerpo por el flanco derecho de la casa.

Los americanos, casi todos jóvenes, aguerridos y bien armados, pelearon con desnudo y bizarría, asaltando las cercas de piedra; pero los legitimistas estrechados en el escaso recinto de las fortificaciones, se sostuvieron con bravura.

Estrada, que era un hombre de mucha calma, no perdió su sangre fría en aquel trance apurado, y aprovechando la impericia del enemigo le mandó picar la retaguardia con tres

guerrillas, que salieron de pronto de la espesura de un pequeño bosque y cayeron de sorpresa sobre los filibusteros, en los momentos en que todas las ventajas estaban de parte de éstos.

Aquel ataque inesperado a retaguardia, seguido del ruido casual que hicieron en la misma dirección las espantadas caballerías de los legitimistas, que pastaban sueltas, hizo creer a los filibusteros que el grueso del Ejército Aliado venía en auxilio de Estrada y se pusieron en desordenada fuga.

Los legitimistas los persiguieron con furor por toda la llanura e hicieron una horrible matanza de fugitivos, contándose entre las víctimas al infortunado Byron Cole.

Cuando los destrozados restos de la columna americana se presentaron en Granada, reducidos a un escaso número y presas todavía de terror pánico, el desaliento fue general en la plaza.

Los filibusteros que creían antes que cada uno de ellos valía por un centenar de los nativos, estaban palpando que fuerzas iguales y peor armadas acababan de darles en San Jacinto una lección de las más severas. Entonces se contaron y vieron que su número era infinitamente menor que el de los enemigos. La desertión desde ese día fue muy considerable en Granada.

La *batalla de San Jacinto*, que en rigor, no pudiera llevar otro nombre que el de *acción o combate*, por haberse verificado con una sola clase de armas y entre dos pequeñas escoltas, fue sin embargo, de una influencia decisiva, porque estimuló y alentó a los aliados y dio el convencimiento de que los filibusteros no eran invencibles.

Walker necesitaba recobrar sus prestigios y llenar de aliento a sus abatidos soldados. Con este objeto, apenas recibió

un refuerzo de cuatrocientos hombres más, que le llegaron de los Estados Unidos, dispuso el ataque de Masaya el día 11 de octubre de 1856; pero no pudo terminarlo, porque mientras lo verificaba, las tropas guatemaltecas que se hallaban en el pueblo de Diriomo aprovecharon su ausencia y cayeron sobre Granada, obligándolo a regresarse con grandes pérdidas.

El ministro americano *mister Wheeler* fue llamado por su gobierno para dar informes de los sucesos de Nicaragua. Se embarcó el 13 por la noche en el vapor *Virgen del lago*, y le acompañaba el cura Vigil, que iba huyendo de la mala situación en que veía a sus amigos y Ferrer que llevaba el nombramiento de Ministro Plenipotenciario ante el Gabinete de Washington. Este último no hizo uso de sus credenciales, más que para celebrar un contrato de colonización con el General William L. Cazneau para que llegaran mil colonos a Nicaragua.

Pocos días después llegó a Granada, con armas y municiones de los Estados Unidos, Carlos F. Henningsen, a quien precedía su fama de aventurero militar en Hungría y en España, a las órdenes respectivamente de Kossuth y de Zumalacáregui. Los amigos de Walker lo habían contratado, y éste, contento con tener quien diera una verdadera organización militar a sus aventureros, lo nombró a continuación General de brigada con el encargo especial de organizar la artillería y enseñar el tiro con el fusil Minié.

Henningsen era de origen inglés, tenía alguna experiencia militar, mucho valor, una clara inteligencia y alguna ilustración. Su vida de aventuras y el ser autor de dos obras en que refería las revoluciones de España y Hungría, en las cuales había tomado parte tan activa, le habían hecho muy conocido en los Estados Unidos y gozar de algún prestigio. Al identificarse con Walker, llevó a éste el auxilio de sus esfuerzos personales y el prestigio de su nombre.

En el entretanto, Costa Rica, en cumplimiento de sus promesas, hizo avanzar sus ejércitos sobre Nicaragua, y su vanguardia que llegó a Rivas el 1º de noviembre derrotó a una columna de filibusteros y se posesionó de la línea del Tránsito.

Walker, tan luego como supo la ocupación de aquel importante lugar, determinó reconquistarlo, y al efecto se embarcó con doscientos hombres; y al amanecer del 12 de noviembre, cayó sobre los costarricenses y los deshizo en la Cuesta Grande del camino de San Juan del Sur.

Rápido como siempre, Walker, se reembarcó inmediatamente, y el día 15 amaneció atacando la plaza de Masaya con seiscientos americanos. La defendieron tres mil aliados; pero merced a las rivalidades de los jefes, no pudieron rechazar el ataque durante cuatro días y dejaron que al cabo de este tiempo se retirara Walker tranquilo.

El Gobierno de León envió comisionados al campamento aliado con objeto de arreglar el desacuerdo existente; pero se hacían los convenios y al rato se infringían con cualquier pretexto.

En esos días salió de Costa Rica, armado en guerra, el buque *Once de Abril*, llevando a su bordo ciento diez hombres entre jefes y soldados y conduciendo dinero y elementos para el Ejército Aliado. Después de un recio temporal, que demoró su marcha, el día 22 de noviembre se encontró a las cuatro de la tarde, con el buque filibustero *San José*, con el que trabó un encarnizado combate.

Trascurrida una hora de lucha desesperada por ambas partes, cuando la victoria parecía declararse por los costarricenses, un proyectil incendió la *Santabárbara* del buque centroamericano, que voló en pedazos. El Comandante Valleriestra y la mayor parte de sus valientes soldados fueron salvados en

el buque enemigo y conducidos a San Juan del Sur.

La situación de Walker no era tan satisfactoria que le permitiera mantener dividida su atención entre Granada, amenazada por el grueso de los Ejércitos Aliados, y la línea del Tránsito, por Cañas y Jerez, que desde un principio habían ocupado la plaza de Rivas, tanto para favorecer las operaciones de Costa Rica, como para estar alejados del teatro de las divisiones.

Walker, pues, resolvió replegarse a la línea de Tránsito y con este objeto se adelantó a preparar los alojamientos; dejando en Granada a su segundo, el General Henningsen con instrucciones de salir en determinada fecha, incendiando antes la población para castigo de los legitimistas.

Cuando los aliados supieron por un espía lo que se trataba de hacer con Granada, se lanzaron precipitadamente a salvarla.

El 24 de noviembre, se presentaron en son de ataque, cuando la ciudad de Granada ardía por sus cuadros lados y Henningsen, que no esperaba ser interrumpido, estaba tan entregado a su obra de destrucción, que casi fue sorprendido. Con dificultad pudo reunir sus dispersas y emborrachadas tropas en número de quinientos hombres, y oponerlas a los aliados.

Henningsen, apenas habría podido resistir pocas horas el ataque bien combinado de tres mil aliados, si éstos no hubieran estado tan divididos y faltos de concierto. El jefe filibustero no solamente lo resistió, sino que para burlarse de ellos, resolvió continuar el incendio en sus barbas, no dejando edificio que no redujera a cenizas, ni piedra que no removiera.

Tanta insolencia llenó de coraje a los aliados, que embistieron por todas partes y obligaron a Henningsen a parape-

tarse en el templo de Guadalupe, inmediato al lago, en donde se le puso sitio.

Henningsen, batiéndose día y noche, falto de alimentos y diezmado por el cólera, se sostuvo heroicamente diez y ocho días.

El 12 de diciembre desembarcaron por la noche ciento sesenta americanos, enviados por Walker, rompieron las líneas centroamericanas que sitiaban a Henningsen y reforzaron a éste en Guadalupe, que sólo contaba entonces con ciento cincuenta soldados. Al día siguiente ambas fuerzas en número de trescientos diez hombres comandadas por el jefe filibustero, rompieron nuevamente el círculo de bayonetas que las rodeaba y se embarcaron a vista de los aliados, llevándose hasta los heridos.

Parece increíble que tres mil hombres de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, no pudieran impedir en veinte días el incendio de Granada ni capturar la gavilla de malvados que consumaba la destrucción de la ciudad. Sin embargo, el hecho fue tal como lo relatamos, y hay que confesar, para mayor vergüenza, que la causa no fue tanto el valor y pericia de Henningsen, ni la superioridad de los rifles y *revolvers* americanos sobre nuestros fusiles de piedra de chispa, sino los odiosos celos de los jefes centroamericanos.

Basta saber, que en pleno sitio la división salvadoreña abandonó antojadizamente su puesto y se retiró a León porque sus jefes no soportaban los ridículos que les hacían los jefes guatemaltecos y legitimistas, que estaban aliados en su contra.

Henningsen, al embarcarse, quiso dar la última bofetada a sus enemigos, y mandó fijar en la costa un poste con un letrero, que decía: «AQUÍ FUE GRANADA» (*Here was Granada*).

Para mayor desgracia de los aliados, fallecieron en esos mismos días los Generales Paredes y Solares, jefes primero y segundo respectivamente, del ejército guatemalteco; motivo por el cual recayó el mando en el Coronel don Víctor Zavala, hombre muy amigo de bromas y de un carácter ligero y aturdido, que lo hacía funesto en aquella ocasión tan difícil.

Belloso, jefe del ejército salvadoreño, había sido nombrado por el Gobierno de León Comandante General de las fuerzas en Nicaragua.

Al retirarse precipitadamente de Granada, esparciendo la alarma por todo el Tránsito, tuvo especial cuidado de ordenar a Jerez que estaba en Rivas, y a sus órdenes, que se replegase en el acto a Masaya, abandonando la plaza fortificada de Rivas, que cerraba el paso de Walker. Jerez obedeció y los filibusteros, que estaban entrando en desaliento con tan dilatada lucha, ocuparon sin resistencia todo el departamento meridional y la línea de Tránsito que tanto apetecían.

El Gobierno de León, deseoso de poner término a las rivalidades invitó a todos los jefes de los Ejércitos Aliados para que tuvieran una reunión en la casa de gobierno. Se verificó el 24 de diciembre de 1856, con el éxito de siempre: se protestaron amistad y perfecta armonía; y al salir a la calle volvieron de nuevo a mirarse de reojo.

La antipatriótica conducta de los jefes aliados por una parte, las rudezas de la campaña y los estragos del cólera por otra, habrían desalentado por completo a los ejércitos, bastante desmoralizados ya, y asegurado la dominación de Walker, si en principios de enero de 1857, no hubieran llegado las gratas nuevas de la toma de los vapores del río San Juan, de que se servían los amigos de los filibusteros para enviarles refuerzos de los Estados Unidos.

Se recordará que el Comodoro Cornelio Vanderbilt y to-

dos los demás miembros de la antigua Compañía de Tránsito estaban sedientos de venganza contra Walker.

Para dar fin con la invasión de los filibusteros tenía que principiarse por cortar toda comunicación con los Estados Unidos, de donde venían refuerzos de hombres, recursos y elementos de guerra. Así lo comprendió Vanderbilt, quien buscó a Spencer, diestro marino y antiguo capitán de los vapores del río, y lo envió a Costa Rica a ponerse a las órdenes del Presidente don Juan Rafael Mora, que desde el principio de la campaña había dado muestras de un celo y actividad extraordinarios.¹

Mora aceptó gustoso los servicios de Spencer a quien ofreció nuevas gratificaciones y siguió al pie de la letra las indi-

¹ He aquí, lo que sobre este particular refiere *El Canal de Nicaragua*, semanario de Granada, en el número 11, año I, correspondiente al 7 de marzo de 1877.

«El Comodoro Vanderbilt comprendió la situación del aventurero, que había despojado a la Compañía de sus propiedades, y resolvió aniquilarlo. —En 1857 se hallaba en una cena en el restaurante Delmónico de Nueva York, en unión de varios hispanoamericanos. Se trató de la situación de Nicaragua y del poder de Walker, y en la exaltación producida por los brindis entusiastas de los hispanoamericanos, el Comodoro tomó la resolución de acabar con los filibusteros. ¿Pero, cómo? No tiene escuadras, no tiene ejércitos; pero tiene voluntad y tiene dinero: dos poderes incontrastables.

Hizo llamar en el acto a Spencer, experto marino, joven bizarro y audaz.

Llegó Spencer, estando aún todos los amigos del Comodoro alrededor de la mesa.

—¿Cree U. fácil, le dijo el Comodoro, tomar los vapores que tiene a su servicio William Walker,

—No lo creo difícil, contestó el joven, con él acento propio de quien tiene profunda convicción.

—¿Puede y quiere U. acometer esa empresa?

—Estoy a su disposición, repuso Spencer con la tranquilidad del hombre audaz, que tiene conciencia de lo que vale, de lo que puede.

En medio del más profundo silencio de todos, los espectadores, que miraban con asombro a aquellos dos hombres, sacó el Comodoro de su bolsillo un cheque de veinte mil dollars, que entregó a Spencer, como premio anticipado de la audaz empresa que iba a acometer». —(N. del A)

caciones del Comodoro Vanderbilt, que le aconsejaba cambiar de política acerca de la guerra a muerte que había declarado a los filibusteros, y dar una proclama ofreciendo pagar, los gastos del pasaje a los Estados Unidos a todos los que desertaran de las filas de Walker.

El 3 de diciembre de 1856 salió de San José una división de doscientos hombres, armados de buenos rifles, con dos piezas de artillería y al mando del Coronel Barillier. Spencer iba agregado a la expedición.

El 21 del mismo mes, después de dificultades y privaciones increíbles, entre los pantanos y malezas de las bajuras anegadizas del río San Juan, los costarricenses en improvisadas balsas de troncos y en pequeñas canoas, lograron pernoctar en el estero de Copalchí, inmediato al fuerte de Trinidad, en el islote de Hipps, que defendían sesenta americanos a las órdenes del Capitán filibustero Francisco Thomson.

A continuación se internaron a pie por entre la montaña y encendieron varias hogueras, a cuyo calor lograron desentumecerse de la incómoda posición que trajeron y de la continuada lluvia.

A las diez de la mañana del día siguiente, avanzaron por entre la misma montaña hasta llegar al campamento de los filibusteros, a quienes sorprendieron por retaguardia en momento de estar sirviéndose el rancho.

Durante las dificultades del camino, los costarricenses perdieron la artillería, que se llevó la corriente en una balsa escapada, y la lluvia mojó el parque e inutilizó los fusiles, por lo cual sólo cinco dispararon, teniendo que tomar el fuerte a punta de bayoneta. Afortunadamente la sorpresa fue tan completa, que los filibusteros sólo pensaron en buscar la fuga, pereciendo la mayor parte en el río a donde se lanzaron huyendo. De los sesenta hombres únicamente se salvaron seis,

que fueron hechos prisioneros.

Inmediatamente se organizó una pequeña flota en cinco botes tomados al enemigo, y puesta al mando del Mayor Máximo Blanco, se dirigió a San Juan del Norte y pernoctó en las inmediaciones, en la casa de un nicaragüense, a quien llamaban con el apodo de *Petaca*. Aquí encontraron la artillería, que el nicaragüense había tenido el cuidado de recoger de la balsa que arrastraba el río, y tomaron sus últimas providencias.

El 23 a las cinco de la mañana se presentaron los expedicionarios en San Juan. La población dormía confiada y con facilidad fueron capturados los vapores *Wheeler*, *Morgan*, *Machuca* y *Bulwer*. Al tomar este último, el ruido de voces despertó al agente de la Compañía de Tránsito, *mister Scott*, que tocó en el acto la campana de alarma. A esta señal ocurrió una lancha de la escuadrilla inglesa, que permanecía anclada en la bahía, y a la que *mister Scott* pidió auxilio diciendo que temía ser asesinado con su familia.

A las once de la mañana se destacaron dos lanchas cañoneras en actitud amenazadora; pero llegadas cerca de los vapores, manifestó el jefe de ellas que solamente venía a dar garantías a las personas de la familia de *mister Scott*, que lo había implorado; pero no para estorbar la captura de los vapores.

Cuando el Cónsul americano en San Juan del Norte, *mister B. S. Cottrell* tuvo noticia del suceso, se dirigió en el acto a los costarricenses exigiéndoles imperiosamente la devolución de los vapores por ser propiedad de los ciudadanos americanos Carlos Morgan e hijos, a quienes Randolph había cedido la línea; pero el agente de la antigua Compañía, que también estaba presente, reprodujo que eran propiedad de *mister Vanderbilt*, en cuyo nombre procedían los costarricenses.

El Cónsul, enfurecido de que no se le obedecía, pidió auxilio al Comodoro de la escuadra inglesa, que vigilaba el puerto. Éste le contestó en los términos más amables, que sentía no poder complacerlo, porque estando aquellos vapores al servicio del enemigo con quien peleaba Costa Rica, las leyes de la neutralidad le prohibían toda intervención en semejante asunto.

Dueños de los vapores, los costarricenses se regresaron en ellos, en la noche del 24, comandados por Spencer, Máximo Blanco y Joaquín Fernández; pero un chubasco arrojó dos de los vapores a la costa y los maltrató bastante. El 25, sin embargo, lograron reparar sus averías y continuar su marcha hacia el fuerte de Trinidad en cuyas inmediaciones pernoctaron. El 26 arribaron al fuerte, dejaron reparándose los vapores *Wheeler* y *Machuca* y la expedición continuó su marcha, al mando de los mismos jefes en los vapores *Morgan* y *Bulwer*. En la confluencia del San Carlos recogieron al Capitán Francisco Quiroz con ochocientos costarricenses, que se habían extraviado en el viaje, cuando iban a tomar el fuerte de Trinidad, y por éstos supieron que el Castillo Viejo se hallaba desmantelado y fácil para ser sorprendido. Se determinó, entonces, que Spencer en el *Morgan* avanzara sobre el San Juan y atacase el Castillo; mientras Fernández en el *Bulwer* subiría por el río San Carlos, para dar cuenta a las autoridades costarricenses del triunfo alcanzado.

El General don José Joaquín Mora, hermano del Presidente de Costa Rica, había sido nombrado General en Jefe del ejército expedicionario, y con quinientos hombres se dirigió a marchas redobladas a proteger los movimientos del río.

El 22 de diciembre acampó en el muelle del río San Carlos y de allí destacó varias partidas de observación, que regresaron sin traerle noticias de los expedicionarios. Creyén-

dolos, sin embargo, en dificultades, embarcó en dos balsas y dos botes los víveres y municiones que pudo y cincuenta hombres para reforzarlos.

Esta expedición, que comenzó a bajar el San Carlos el día 27, se encontró poco tiempo después de su salida con el *Bulwer* que comandaba el Coronel Fernández. Éste llegó en el mismo día al campamento del General Mora, a cuyas órdenes puso el vapor, le dio cuenta de los sucesos del río San Juan y se dirigió inmediatamente después por tierra a dar el mismo informe al Presidente Mora en San José.

Mientras tanto Spencer, a bordo del *Morgan*, llegó al Castillo a las cuatro de la tarde del propio día 27 y sorprendió de tal manera a la guarnición americana que la rindió sin un tiro. Dueño ya de aquella fortaleza, Spencer hizo concurrir con engaño, enviándole un falso parte, al vapor *Ogden*, que se hallaba en el raudal del Toro. A su entrada, que se verificó a las siete de la mañana del 28, fue capturado fácilmente por sorpresa.

Por los pasajeros del *Ogden* se supo que el vapor *Virgen*, anclado entonces en la estación de Danms, cerca del raudal del Toro, en donde se abastecía de leña, conducía elementos de guerra para Walker. Spencer, sin pérdida de tiempo embarcó alguna tropa en el *Ogden* y se dirigió a la estación de Danms en busca del vapor enemigo. Éste, vio venir al *Ogden*, que la víspera se había separado de su costado para conducir los pasajeros del Castillo, según el falso parte que se le había dado, y lo dejó acercarse sin la menor sospecha de que estuviera ocupado por enemigos. Spencer hizo los saludos y demostraciones amistosas que acostumbraban los vapores de la Compañía y fingiéndose amigo, atracó al costado del *Virgen* y lo tomó sin resistencia, encontrando en sus bodegas cuatro piezas de artillería, cuatrocientos rifles nuevos, abun-

dantes municiones de boca y guerra y un cargamento de licores finos.

Spencer pasó los días 28 y 29 de diciembre en la estación de Danms esperando los refuerzos del General Mora para dirigirse a San Carlos; pero viendo que no llegaban, envió en su busca al vapor *Morgan*, y en el *Ogden* se dirigió él con su poca gente a probar una sorpresa.

El día 30 fondeó tranquilamente el *Ogden* frente al cañón del glacis de la fortaleza de San Carlos² para infundir mayor confianza al enemigo. Spencer dio con toda calma las señales de costumbre, y el Comandante de la fortaleza, que era el Capitán filibustero *mister Kruger*, no teniendo noticia de que hubiera enemigos en el río y viendo, además, el vapor bajo los fuegos de sus cañones, fue con toda confianza, seguido de una escolta, a hacer la visita de costumbre. Al entrar se le llevó con engaño a un camarote, donde se le intimó rendición, se le puso al corriente de todo lo sucedido y se le obligó con alguna dificultad a escribir una orden, llamando a bordo y sin armas a toda la guarnición. Después de esto la fortaleza cayó sin resistencia en poder de los costarricenses, que hicieron setenta y dos prisioneros al enemigo y quitaron dos piezas de artillería de a veinticuatro.

Dejamos al General Mora en el muelle de San Carlos, en donde lo encontró el *Bulwer* el día 27. El 28 embarcó doscientos hombres, dos piezas de artillería, gran parte de las municiones de guerra y algunos víveres, y a las nueve de la mañana principió a bajar el San Carlos, dejando en el muelle el resto de su gente y municiones a cargo del Mayor don Juan

² Debemos hacer observar, que la fortaleza de San Carlos, se encuentra situada en el río San Juan de Nicaragua, y el muelle de San Carlos, donde estaba Mora en el río del mismo nombre tributario del San Juan y en territorio de Costa Rica—(N. del A.)

Estrada y con orden de conducirse en botes y balsas al río San Juan.

El día 30 a las tres de la tarde encontró Mora el vapor *Morgan*, enviado por Spencer en su busca. Como el *Bulwer* se encontraba en mal estado, Mora se trasbordó con la gente al *Morgan* y caminando a todo vapor logró fondear en el Castillo a las diez de la mañana del 31 de diciembre.

En el Castillo tuvo noticia exacta el General Mora de todo lo ocurrido, y sin pérdida de tiempo dispuso marchar en auxilio de Spencer, a quien suponía en dificultades. Para llegar más breve se trasbordó al *Ogden*, que acababa de llegar, enviado por Spencer, dándole cuenta de la toma de San Carlos y llamándolo con urgencia; y a las tres de aquella tarde principió a subir el río en el *Ogden*, a cuya máquina se le dio toda velocidad. Al llegar a la estación de Danms, se trasbordó al *Virgen*, y andando siempre de carrera, Mora logró fondear frente a San Carlos en la madrugada del 1º de enero de 1857.

La audaz y arriesgada empresa de los costarricenses estaba todavía incompleta. Faltaba aún el vapor *San Carlos*, el más grande de todos, que recorría en aquellos momentos los puertos del lago; pero el 3 de enero de 1857 se presentó a la vista, y poco después botó anclas con toda confianza.

Los costarricenses emboscados en las riberas, dejaron a Spencer el cuidado de hacer las señales de costumbre, y cuando lo creyeron conveniente, dieron el asalto y se adueñaron a del buque.

Despojar a Walker de los vapores era una empresa que se consideraba de titanes. La realización de ese hecho en tan pocos días, levantó el espíritu de los centroamericanos y estimuló el pundonor militar de los jefes en campaña, que depониendo por un momento sus pequeñeces y rencillas, marcha-

ron unidos sobre Rivas, resueltos a exterminar al enemigo común.

Belloso con sus tropas fue la única excepción. Impresionado con el recuerdo de las pullas de los guatemaltecos y legitimistas, y más que todo, con los estragos de los rifles americanos, no hubo reflexión suficiente para decidirlo a salir de León.

Los Ejércitos Aliados se organizaron provisionalmente en el pueblo de Nandaimé, nombrando General en jefe, al General don Florencio Xatruch, Comandante de las fuerzas auxiliares de Honduras; y así organizados fijaron un cuartel general en San Jorge, el día 28 de febrero de 1857.